

enemigo cantar victoria: hay otras defensas. La mucosa de estos conductos está revestida de una capa de células vibrátiles, especie de pelos de una escoba, cual función no es otra que barrer los polvos, las inmundicias, los cuerpos extraños sobre la mucosa depositados y con tanto acierto trabaja que siempre lo hace de dentro á fuera, arrojándolas en movimiento de arrastre hacia el exterior. El bacilo, dado nuestro supuesto, es arrastrado hacia el exterior sin ruido, sin que nos demos cuenta del hecho: pero si no basta, viene un movimiento de tos, verdadero cañonazo, expeliendo ruidosamente hacia afuera cuanto de perjudicial existe sobre el árbol respiratorio. Por otra parte la mucosa se halla cubierta de un barniz pegagoso, el moco, que envuelve el microbio, le rodea por todas partes, aislándole de todo contacto directo con las partes integrantes de la economía. Vemos cuán difícil, cuántas batallas tiene que ganar el bacilo antes de obtener la victoria.

No acaban las defensas. Aún encontraremos otras. Supongamos que el enemigo ha ganado la fortaleza, que se ha posesionado de ella, que la victoria parece segura. No hay tal. Otros combatientes, los más valerosos y aguerridos, vendrán á defender la fortaleza, á sitiár el enemigo si ya se encuentra dentro de ella. Metchnikoff, un sabio ruso, lo ha demostrado. En el organismo de los animales existen ciertas células, en particular los leucocitos y células mesodérmicas, siempre dispuestas á entrar en combate con los enemigos invasores. En el pulmón acuden innumerables ejércitos de células. La movilización guerrera es activísima. El combate es terrible, millares de combatientes desaparecen. Unos y otros, bacilos y células, se persiguen, se envuelven, caen prisioneros y el triunfador las digiere, asimilando al enemigo en su propia sustancia. Todas las armas son lícitas. El combate es brazo á brazo, unos y otros segregan venenos para acabar con sus contrarios; unos y otros se persiguen fieramente hasta darse muerte. El campo de batalla aparece sembrado de muertos. En tan encarnizada lucha, los microbios pueden salir vencidos y así sucede en la mayoría de casos. El contagio, á pesar de haber entrado los enemigos en la fortaleza, no se ha realizado. En el desgraciado caso de salir vencedores los bacilos tendremos desarrollada la enfermedad tuberculosa.

No son vistas teóricas esta série de fenómenos defensivos. Las innumerables autopsias practicadas, demuestran que el número de tuberculos curados es infinito.

El más sano de nosotros, aparentemente el menos, tal vez en estos momentos tendrá implantados algunos cientos de bacilos en los pulmones. No se manifiesta por ningún síntoma, nadie es capaz de sospecharlo. Este hecho no significa tengamos que acabar

siendo tísicos. En las intimidades de la entraña pulmonar se libra una lucha, lucha sorda, silenciosa, sin el menor ruido, sin que tengamos el más pequeño conocimiento. No por no exteriorizarse un fenómeno ante nuestros groseros sentidos, debemos de negarlo. La autopsia más tarde lo demostrará. Moriremos de vejez, de pulmonía, á consecuencia de un traumatismo, de una lesión en el corazón, en el hígado, estas enfermedades nos matarán, pero en los pulmones descubriremos huellas de la lucha sorda, de la lucha silenciosa que en los pasados tiempos libraron los bacilos de la tuberculosis y las células fagocitarias.

Pocos serán los hombres que se puedan considerar libres del contagio, pocos serán los que, en un momento dado de su vida, no hayan sido candidatos á la tuberculosis y aún tal vez verdaderos tuberculosos. Tan es así, que hay médicos, dignos de todo crédito, que aseguran, fundados en estudios necrópsicos, haber encontrado huellas de tuberculosis curada en la mayor parte de los individuos de la especie humana, huellas no de ayer, sino de años, de muchos años antes.

No debemos fiar de las defensas naturales. Nadie es capaz de fijar, á lo menos en los momentos actuales, la extensión é intensidad de las reacciones defensivas, y ante la duda, procederemos racionalmente cortando las ocasiones de contagio, bastante conocidas hoy, pero desgraciadamente harto descuidadas así por el individuo como por los poderes públicos.

F. Llauredó.

MARINA

La mar brama furiosa
¡quín dia, amor... hermosa
tením dessobre avuy!
¡malhaja l' hora aquella,
malhaja fins ma estrella,
malhaja tot, menys tú!!...

Solets, dins la barqueta,
remant sempre, inquieta
la mar á nostres peus
á voltas emi corona
y així'l vá-y-vé de l'ona
endins ens dú ¡virém!

La negra nuvolada
s'estén y la tronada
no sents bremar? y'l llamp
zic-zaguejá ab bravesa
no veus... la nostra empresa
desfeta en un instant...

La mare... aquella dona
qu'oviro jo allá hont l'ona
ab fúria vá y rebot
al peu d'aquella roca
allá ahont el poble invoca
¡oh Deu! per nostra sort.

S. Borrut y Soler.